

De humildad.

Tuvo tan sobremanera
Esta fe el niño novelo,
Que en su madre reverbera
Por dedentro y por defuera
En gloria del Rey del cielo.

Y esta fe, que no organiza
El Hijo por la garganta,
Su Madre la evangeliza
Y á veces la profetiza
Y discanta.

Comparacion.

Como teclas bien tocadas
Del músico tañedor
Causan voces concertadas,
Suaves, bien entonadas,
En órganos de dulzor;
Bien así San Juan movia
A su madre á no cesar
De cantar la melodía,
Que en el vientre él no podia
Confesar.

Del infante se traslada
Lo que la madre pronuncia,
Del cual ella fué alumbrada
En favor de la preñada,
Que de Dios madre denuncia.

Y no fué inspirada menos
En ver que su hijo tiene
Los vasos del alma llenos
De dones y gozos buenos,
Sin que suene.

Las dos madres se holgaban

En ser templos excelentes,
En que dos niños moraban,
Que de alegres, celebraban
La redención de las gentes.

Mas el que el sol inflama
Hizo al otro su lucero,
Y de su venida y fama,
Y del cielo, á que nos llama,
Pregonero.

¡Oh madres de salvacion,
Mas notables que la vida!
¿Qué lenguaje, qué nacion
De vuestra consolacion
Puede dar cierta medida?

Decir lo que allí gustastes
No puede lengua ni historia,
Porque allí os adelantastes
A los gozos que hallastes
En la gloria.

¿Qué diré de los infantes
En el vientre encortinados,
Alegres y gozodantes,
A sus madres ocultantes
Lo propio de sus estados?

Los gozos que el mundo espera
Para salir del peligro,
Uno á otro en su manera
Los difunde y reverbera,
Como libro.

Cada cual dellos pelea
Por ser más humilde visto,
Mas el campo, se me crea,
Que del todo enseñorea,
El rey de los reyes, Cristo;
Porque á él solo conviene

De virtudes ser primado,
Y dél solo nace y viene
Cuanta vida y gracia tiene
Lo poblado.

Y en esto que así batallan,
De ninguno son oídos,
¡Oh, qué sienten! ¡Oh, qué callan!
¡Oh, qué tan fuertes se hallan,
Qué santos sin ser nacidos!

Y del gozo y amistad
Destos dos grandes amigos
Sus madres de autoridad,
Como templos de verdad,
Son testigos.

*Pone la diferencia destes niños y de los otros, en lo que por
ellos sucede á las madres.*

Otros hijos dan pasiones
A sus madres en el vientre;
Estos dieron mar de dones
Y luz de revelaciones
Aquel día y para siempre;
Do se dió por compañía
Que la Madre por Dios vivo
A la de San Juan servia,
Y le fué de noche y día
Defensivo.

Dinos, antigua mujer,
Dinos, dinos, madre nueva,
¿A qué te llegó el placer,
Cuando pariste, de ver
La salud del mal de Eva?

Que si el parto te alteraba
Con temores del letijo,

La Reina del cielo estaba
A tu diestra, que esperaba
Ver tu hijo.

Esperábalo envolver
Por sus manos en pañales,
Para hacernos saber
Que el niño esperaba ser
Lucero de los mortales.

Y fué buena consecuencia
Que la Madre honrase tanto
Al que el Hijo por clemencia
Con su divina presencia
Hizo santo.

Prosigue.

Infante de los infantes,
Sin pecado é sin espina,
Por tus hechos relumbrantes,
No vistos despues ni antes,
La fe nuestra determina;

Que apenas es comparable
A ti, niño el mas perfecto,
Por ser tú firme y estable,
Y en la fe nunca mudable
Y sin defecto.

Infante, de fe mas pura
Que diamantes de rocas,
De ti dice la Escripura
Que en el vientre de angostura
A tener fe nos provocas;

Pues que primero adoraste
A Dios que el mundo te viese,
Y primero lo gustaste
Que la leche que mamaste

Se te diese.
 ¿Quién vido nunca miraglo
 Mayor que este, ni su igual,
 Que á Dios el niño que hablo
 Adorase en el retablo
 De aquel vientre virginal?
 Y dotado en tal edad
 De gracia, que no de ojos,
 Adoró con humildad
 La su infinita Deidad
 De hinojos.

Privilegios de la santificación de San Juan.

En la Ley fué prometido
 Y del Angel anunciado,
 Por miraglos concebido,
 Y en el vientre esclarecido
 Y en la gracia bautizado.
 Cristo fué su bautizante
 Y la Virgen su madrina,
 Fué la fruta fe constante,
 E el compadre circunstante
 La luz trina.
 Su crisma de reverencia
 Le fué el Espíritu Santo,
 El capillo la inocencia,
 Y la sal fué la sapiencia,
 La candela luz de espanto.
 Fuego del divino ardor
 Fué el agua deste bautismo,
 Porque fué tal el favor,
 Nueva triste de pavor,
 Al abismo.
 Este solo tué la prima

De los chicos y mayores,
 Y ante Dios de tal estima,
 Que quien más á él se arrima
 Es más libre de temores.
 Ved si es bueno defensivo
 Para nunca peligrar,
 Que dél se quiso Dios vivo
 En grado superlativo
 Auctorizar.

Item, en favor de San Juan, en el bautismo del Señor.

Cuando dió la Trinidad
 De Cristo fe soberana,
 Testigo de auctoridad
 Fué San Juan, segun verdad,
 En la ribera Jordana;
 Adó vido que se abrió
 El cielo, segun se toma,
 Y la voz que el Padre dió,
 Cuando en Cristo descendió
 La paloma.
 Llegando Cristo á San Juan
 Para que lo bautizase,
 Pasmóse el río Jordan,
 Como los montes que están
 Sobre peñas sin mudarse.
 Y como el reformador
 Del mundo se desnudaba,
 Cubriólo tal resplandor,
 Que al sol mas alumbrador
 Denigraba.
 Y con loable porfia
 Se repunaban los dos;
 Mas San Juan no se vencía

Para tener osadia
De baptizar á su Dios.
Mas al fin, si fué vencido,
Corona de vencedor
Le quedó deste partido,
Por haber obedecido
Al mayor.

Palabras de San Juan á Cristo.

Mas díjole muy turbado,
Con reverencia profunda:
«¡Oh, Señor! ¿quién será osado,
Sin que caiga de su estado,
Baptizar tu carne munda?

»Dios mio, véte de aquí,
Que tiemblo y esté erizado,
Porque yo he de ser de tí,
Y tú, Rey, nunca de mí
Baptizado.

»Porque eres el que baptizas
En espíritu de ardor,
Y el que das é solemnizas
La gloria que evangelizas
A los que tienes amor.

»Y eres el que perdonas
A los que el bautismo lava,
Y tú los desaprionas,
Y les das claras coronas
Tras el agua.

»Así que tú, mi Señor,
No recibas mi bautismo;
Que en pedirlo das temor
Al cielo, que es tu labor,
Y conturbas el abismo.

»Porque este licor no quita
El mal sino á quien lo tiene;
Mas á ti, mi luz bendita,
Que eres pureza inflnita,
No conviene.

»Yo baptizo á pecadores
En agua sola, y les digo
Que no bastan mis licuores
Para lavar sus errores,
Sin tu gracia y buen abrigo.

»Y están todos deseando
Tus virtudes defensivas,
No mas ni menos que cuando
Está la tierra esperando
Aguas vivas.

»Tu resplandor te defiende
De mis manos y albedrio,
É la fe que aquí se ofende,
Que pecado en ti no entiende
Que deba lavar el rio.

»Y aun los tribus y levitas
Dirán que son engañados;
Que por formas exquisitas
Les dije que solo quitas
Los pecados.

»Pues suplicote, Señor,
Que no mandes que yo haga,
Que só tu siervo menor,
Lo que, de puro temor,
No quiere hacer el agua.

»Mas mira que las corrientes
Del Jordan se escandalizan,
Y tornándose á sus fuentes,
Ser tú lumbre de las gentes
Profetizan.

»Oh, Señor! si te baptizo,
¿Qué dirán de mi doctrina?
Que á todos evangelizo,
Que cielo y tierra se hizo
Por tu persona divina.

»Pues con pueblo tan mudable
No me pongas en requesta,
Por el agua deleznable (1),
A tí presta.

»Si en las aguas entras, ellas
No hay en ti cosa que laven,
Porque es la tierra que huellas
Mas limpia que las estrellas,
Como los cielos lo saben.

»Cuanto más, que yo vencer
No me puedo en campo raso,
Y aun, segun mi parecer,
No te debo obedescer
En tal caso.»

El auctor.

La suma Sabiduria,
Revestida en carne humana,
Bien notaba y bien oia
Lo que San Juan le decia,
Vestido de ruda lana.

Mas nuestro Rey generoso,
Elegante y muy paciente,
Respondióle con reposo,
De semblante glorioso,
Lo siguiente:

(1) Falta un verso.

Replica Cristo á San Juan.

«Baptizame sin conquista,
Que mi baptismo es salud;
Que así conviene, Baptista,
Porque el agua se revista
Con mi carne de salud;

»Porque yo si en aguas entro,
Daréles vigor eterno,
Y tal, que el que entrare dentro
Se libre del bajo centro
Del infierno.

»Yo dellas no tomaré
Sino frio de frescura;
Mas yo las consagraré
Con mi carne, y les daré
Infinita hermosura.

»Cuyas ondas baptismales
Harán, de gentes perdidas,
Personas celestiales,
Y de naciones brutales,
Claras vidas.

»É así las aguas serán
Salud de los que lavaren,
Y vida eterna darán;
La cual todos perderán
Cuantos no se baptizaren.

»So cuyo claro elemento
Daré espíritu divino,
Porque sane en un momento
El que de tal sacramento
Fuere dino.»

Fin, dirigido al Rey.

Príncipe, Rey soberano,
Sin mayor á nuestra vista,
Cabo del poder humano,
Más clemente, más cristiano,
Siervo de San Juan Baptista;
Del cual manda vuestra alteza
Que por metro artificioso
Escriba lo que se reza
De su gracia é aspereza,
Y decir más dél no oso.

Comparacion.

Porque como en claro día
Pierde vista la lechuza,
Tal, muy alto Rey, sería
Y es la sabiduría,
Que en San Juan mejor se aguza;
Y pues fué tan señalado,
De más laudes me despido,
Porque es el libro cerrado
Que San Juan ser muy sellado
En su *Apocalipsi* vido.

**Romance en honra y gloria de San
Francisco.**

Andábase San Francisco
Por los montes apartado,
Sobre las nubes traspuesto,
En Dios vivo trasformado;
Sus ojos llovian aguas,

De lloroso y fatigado,
De temor si le quedaba
Por plañir algun pecado;
Mas no eran menos grandes
Las del segundo nublado,
De miedo que no le fuese
El Jüez del mundo airado,
Y de verse tan ausente
De Cristo su enamorado.

La tibieza era su muerte,
Su vida fundar su estado
En tan alta perficion,
Que no tiene mayor grado;
De flamas de caridad
De contino fué abrasado,
Y de pobres y leprosos
Derretido y sojuzgado

Usaba de duras peñas-
Por blanda cama y estrado;
Ayunar sin comer nada
Era su mejor bocado;
Sospiros sonables, tristes,
Su canto más acordado;
De espinas y duras guijas
No le defendió calzado;
Sayal áspero vestia
Junto al cuerpo remendado.

Su oratorio fué el sereno,
El hielo mas destemplado,
Y sumirse por la nieve
Desnudo y apasionado;
Érale oro potable
Su llorar demasiado,
Por castigar los placeres
Del vano tiempo pasado.

Silencio fué su lenguaje,
Y los yermos su poblado;
Estregaba en los zarzales
Su cuerpo muy delicado
Por tener dentro en la carne
Espíritu libertado.

Estas cosas te trajeron,
Padre bienaventurado,
A que los coros del Cielo
Siempre andaban á tu lado,
Hecho sol tu entendimiento,
De devoto y alumbrado.

Tu cuerpo fué relicario,
En fragua de amor labrado
De mano del Rey del Cielo,
Que cruz viva te ha tornado,
Y de su vida muy alta
Sobrenatural traslado;
En ti relumbran sus llagas,
En pies, manos y costado,
No con menos hermosura
Que luce el Cielo estrellado.

La lanzada que ya muerto
No sintió crucificado,
Tú, su alférez, la sentiste,
De su mano traspasado;
Deste misterio quedaste
Sucesor deificado,
De su vida y de su muerte,
Sobre cuantos ha criado;
¿Quién dirá la hermosura
Que ha tu alma cobrado,
Si tu cuerpo, que es envés,
De tal gloria fué dotado?

**Coplas en gloria de Nuestra Señora,
Reina del Cielo.**

Reina del Cielo,
Del Mundo señora,
Sey mi valedora;
Del Sol revestida,
De estrellas cercada,
De Luna crescida,
Chapines calzada,
En la eterna vida
Estás laureada,
Noble emperadora.

Si el mar Oceáno
Fuese la tinta,
Y el Sol escribano
Que el verano pinta,
No puede ni mano
De pluma distinta
Loarte, Señora.

El que te puede
Loar de contino,
Del Padre procede
Y en tu vientre vino,
Porque te quede
Por nombre más digno,
De paz inventora.

E la Trinidad,
Tu parienta grande,
Mandó á su ciudad
Que por tí se mande,
Y tras tu beldad
Que el Cielo se ande
Todo tiempo y hora.

Tú tienes la llave
De su gran potencia,
¡Oh vena suave
De toda clemencia!
Y en ti solo cabe
Por suma excelencia
No ser pecadora.

Afloja la cuerda
Del arco occidente,
Porque no se pierda
Del mal pestilente
La gente que espera
Salud excelente
Por ti cada hora.

La divina esencia
Por ti da mil vidas,
Y muda sentencia
De almas perdidas,
Y en los abismos
De nuevas oidas
Su pena mejora.

Por siervos los tienes
Los ángeles, dama,
Y todos los bienes
Ser tuyos es fama,
Y con ellos vienes
A ver quién te llama,
Volando á deshora.

Si duermo ó si velo
Tú eres mi muro,
Pues Mar, Tierra y Cielo
Son tuyos de juro;
La vida no es pelo
Si no hay tu seguro,
Réal defensora.

A ti en sus tristuras
El mundo se arrima,
De las criaturas
Remedio y la prima,
Y quédase á oscuras
Quien mas no te estima,
Diestra guiadora.

¡Oh sola esperanza
De cuanto se espera,
Amor sin mudanza,
Que nunca se altera!
Por ti ya se alcanza
La luz verdadera,
Muy alumbradora.

No siento querella
Que Dios de mí tenga,
Que por ti, doncella,
Perdon no me venga,
Ni Cielo ni Tierra
Que no se mantenga
Del bien que en ti mora.

No hay pena que mida
El dolor tan triste,
Que tú, mi gran vida,
En ti recibiste,
Cuando en la cruz
Defunto lo viste
El Rey que se adora.

Allí te abrazaste
Con aquel madero,
Al cual adoraste
Tú sola primero,
Y sola guardaste
Su fe por entero,
Sin ser torcedora.

Allí te vestias
 Con el Sol de luto,
 Y nunca tenias
 Tu gran lloro enjuto;
 Mas algo sofrias
 Por ver el gran fruto
 Que la cruz trasflora.

Por este misterio
 Te ruego, Princesa,
 Que des refrigerio
 Á mi alma presa
 En tu alto imperio,
 Do tu fe mas pesa
 Que cuanto allá mora.

Si se nos indina
 El rey de la lumbre,
 Tu gesto lo inclina
 Á gran mansedumbre,
 Y de su luz trina
 Nos da certidumbre,
 Por tí fiadora.

Tú eres crismera
 De bálsamo tal,
 Que dentro y defuera
 Destruyes el mal,
 Y eres la cera
 Do más que cristal
 Dios luce y se adora.

Fin.

¡Oh fuente de fuentes,
 Sellada! Tú manas
 Diluvios crescentes
 De fe con que sanas

Las almas dolientes,
 Y al fin tú las ganas
 Por su guiadora.

In nativitate Christi.

—¿Si dormis, esposo,
 De mí mas amado?

—No; que de tu gloria
 Está desvelado.

JOSEF.

¿Quién puede dormir,
 Oh reina del Cielo,
 Viendo ya venir
 Ángeles en vuelo
 ¡Ay! á te servir,
 Tendidos por suelo?
 Porque sola eres
 Del Cielo traslado.
 ¿Si dormis esposo?
 Yo no dormiria
 En este momento,
 Porque, esposa mia,
 Tengo sentimiento
 Que viene ya el dia
 Del gran nacimiento
 Del rey que sostiene
 Tu vientre sagrado.

Tú tienes, Señora,
 Tan linda la cara,
 Que el Sol por agora

No se te compara,
É á Dios enamora
Tu gloria tan clara,
Que tus resplandores
Me tienen turbado.

Tu gran refulgencia
No hay Sol que la mida,
Ni de tu presencia
Quien se te despida,
Porque tu excelencia,
Señora, convida
A que Cielo y Tierra
Te sirvan de grado.

¿Qué habedes sentido
En noche tan fría?
Señora, sonido
De dulce armonía
Y el aire vestido
De tan claro día,
Que de los abismos
Se han alumbrado.

MARÍA.

A mi parescer,
Esposo leal,
Ya quiere nacer
El rey eternal;
Así debe ser,
Pues que este portal
Claro paraíso
Se nos ha tornado.

JOSEF.

Y vos, la mi esposa,
¿En qué conocés

Que nasce la rosa
De vos, que Dios es?

MARÍA.

Esposo, no es cosa
Que saber podés,
Si de solo Dios
No os fuese mostrado.

AUCTOR.

Hablaban en esto,
Y nació el infante,
Más claro, más presto
Que sol radiante;
Bien muestra su gesto
Ser solo bastante
Para ser el mundo
Por él remediado.

MARÍA

El gozo é lindeza
Tan grande que siento,
Y la ligereza
Con mi nuevo aliento,
Me dicen que es cerca
Ya su nacimiento,
De todos los siglos
Muy mas deseado.

AUCTOR.

Así que nascido,
Estaba, de espanto,

En tierra caído
 El esposo santo;
 Y más cuando vido
 Alzar dulce canto
 Á las hierarquías
 En son concertado.

MARIA

Jesú ¡qué desmayos,
 Esposo fiel!
 Catad que esos rayos
 Del Niño doncel
 No son sino ensayos
 De la gloria dél,
 De la cual serés
 Despues informado.

AUCTOR.

Nascido el infante
 Que el Cielo rescata,
 Más que diamante
 Ni sol ni que plata,
 Con fe muy constante
 Su madre lo trata,
 Puesto en un pesebre
 Medio derrocado.

Con tal fe lo acata,
 En el heno estante,
 Que se le relata
 El ser el gigante
 Que á la muerte mata,
 É aun será adelante
 Abridor del Cielo,
 Que cerró el pecado.

Sirvan los mortales
 Al infante, y sigan,
 Pues dos animales
 Le adoran y abrigan,
 Por cuyos pañales
 Ya se nos mitigan
 Los grandes furoros
 De su padre airado.

¡Oh que alumbramientos,
 Señora, te rigen!
 ¡Oh que pensamientos
 De ser madre é virgen!
 Y si frios vientos,
 Mi reina, te afligen,
 Con estos alientos
 Te habrás consolado.

Así quien desdeña
 Nuestras presunciones,
 Al frio sin pena
 Ni consolaciones,
 É así nos enseña
 Con tales lecciones
 Que el que menos tiene
 Es mejor librado.

Su voz la primera
 Fué lamentacion,
 Porque se le espera
 Por mi salvacion
 La cruz lastimera
 De cruda pasion,
 Segun que de tiempos
 Fué profetizado.

La madre lo acalla
 Con leche del Cielo,
 Con la cual se halla

El niño novelo
 Para la batalla
 Que le da recelo,
 Alegre y contento
 Y muy esforzado.
 La tu deidad,
 Mi hijo, te vala;
 Que mi pobredad
 No tiene otra sala
 Para tu beldad,
 Ni buena ni mala,
 Sino diversorio
 Abierto y helado.

**Coplas del Nacimiento, que hizo por
 mandado de la marquesa de Moya.**

*¿Quién os ha mal enojado
 Mi buen amor?
 ¿Quién os ha mal enojado?*

¿Quién te ha, niño, tornado
 Eterno Dios?
 ¿Quién te ha, niño, tornado?
 Por tu sola caridad
 Recebiste humanidad,
 Y toda tu deidad
 Se encerró
 En sagrario muy sellado.
 É el noble niño tierno,
 Engerido en verbo eterno,
 En la yema del invierno
 Nos nació,
 De la Virgen engendrado.

Sin mudar Dios deidad
 Ni la Virgen su beldad,
 La cara de majestad
 Que tomó
 Hizo firme nuestro estado.
 ¡Oh reina de mil primores,
 Corona de emperadores,
 De diciembre tantas flores,
 ¿Quién las dió,
 Sino tú, Virgen sagrada?
 Cata, alma, que te inclines
 Al dulzor destes maitines,
 Que en ellos de serafines
 Mereció
 Este parto ser cerrado.
 ¡Oh parida sin partera!
 Quien te viera no muriera,
 Cuando sol que reverbera
 Pareció
 Tu gesto deificado.
 No hay lengua que decir pueda
 Cuál la madre Virgen queda,
 Ni por cuál linda vereda
 Lo parió
 Tan hermoso y delicado.
 Esta madre sin fatiga
 Entre sus pechos lo abriga,
 Y á la cruz se nos obliga,
 Pues lloró
 De frio tan destemplado.
 Desta parida sin cama,
 Más limpia que flor en rama,
 Voló presto al Cielo fama,
 Y envió
 Nueve coros á su estrado.